

---

---

---

# PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

## Ausencia de Gerardo Sosa Oportunidad para el rector

El todopoderoso Gerardo Sosa Castelán, jefe del núcleo conocido por los lectores de esta columna como *Sosa nostra* o Grupo Universidad, en el estado de Hidalgo, ha desaparecido. No es un caso para que se ocupen de él doña Rosario Ibarra de Piedra o la Comisión Nacional de Derechos Humanos, porque se trata de una ausen-

■ 4

---

**1000 pesos**

probar la oposición.

Como ha ocurrido con frecuencia, la única manera de comprobar fehacientemente el respeto gubernamental a la voluntad popular será el reconocer las

## PLAZA PUBLICA

Viene de la 1

cia voluntaria. O, por lo menos, admitida, pero sumida en el misterio.

Como se recuerda, Sosa Castelán fue un joven estudiante de derecho que ocupó la presidencia de la Federación Estudiantil Universitaria hidalguense. De allí partió en metamorfosis perversa, para construir, con el eficaz auxilio de don Jorge Rojo Lugo y don José Antonio Zorrilla, dos prohombres de la política hidalguense, un singular imperio político. En el momento de su mayor esplendor, la *Sosa nostra*, el grupo aglutinado en torno de aquel dirigente, controló todos los estamentos de la Universidad local: autoridades, sindicatos de profesores y trabajadores, federación estudiantil, el sindicato de trabajadores del gobierno estatal, no pocas presidencias municipales y otras posiciones políticas; e influencia determinante, y creciente, en otras instancias de actividad pública en el

estado.

Al amparo de ese poder, y para construirlo, la *Sosa nostra* cometió o permitió que se cometieran innumerables actos de violencia, incluso criminal. Varios procesos por homicidio fueron abiertos y nunca concluidos, en torno de delitos en que miembros de esa banda eran protagonistas. La impunidad era la única consecuencia de esos ilícitos; aunque eso es falso: no era esa la única secuela. Había otra más importante, que era el engrandecimiento y la consolidación de la figura de Sosa Castelán, contra quien no podían gobernadores ni otros poderes.

Alguien pudo al fin, aparentemente. Sosa era secretario general de la Universidad y el verdadero rector de la institución. La controlaba con mano férrea, sin admitir la menor disidencia, aunque para cumplir ese objetivo se abatieran los niveles académicos, ya que era más importante la lealtad que la aptitud. En el extremo de su poder, Sosa se imaginó

rector él mismo, directamente encargado de ejercer el mando, sin intermediarios. Eso iba a ocurrir al comienzo de este año. Lo pensó mejor y resolvió seguir siendo el poder tras el trono, y aun más, incurrió en un acto de sensibilidad e inteligencia política, designando funcionarios a académicos no vinculados políticamente con él, a fin de mejorar la calidad de la Universidad.

Hace un mes desapareció. No renunció a la secretaría general ni tampoco al cargo semejante que ostentaba en la federación sindical burocrática. Se anunció que, por cuenta de la ANUIES, haría un viaje de estudios a París. Se supo que se instalaría en la capital francesa por largo tiempo. El rector nominal explicó después que Sosa viajaba en busca de soluciones al problema del financiamiento, "no fuera que ya alguien tuviera la solución y aquí todos quebrándonos la cabeza tratando de inventar el hilo negro".

Se trata, naturalmente, de mentiras. Sosa Castelán carece por completo de los

merecimientos que hicieran a la ANUIES becarlo con tal munificencia como la que requiere para vivir a cuerpo de rey en París. Tal vez regrese pronto, si fuera verdad que sólo se alejó para no parecer como perdedor en el proceso de selección de candidatos priístas a alcaldes, ya que figuró entre los impulsores de una versión hidalguense de la disidencia priísta que nosotros bautizamos como *porrismo crítico*.

Pero tal vez alguien con poder suasorio suficiente lo convenció de que era mejor que se eclipsara, alejándose de una posición en que sólo por la fuerza podía sostenerse. Si así fuera, conviene que la academia salga por sus fueros en la Universidad hidalguense y se convierta en el eje de una reorganización que el rector puede encabezar ahora que se le ha manumitido. Porque, de lo contrario, otras fuerzas políticas externas, todavía menos calificadas si cabe que la *Sosa nostra* pueden sentir la tentación de llenar el vacío de poder dejado por el ausente.

Vienes 26/oct/90